

ANÓNIMO

Llamamiento

y otros textos

Presentados por JULIEN COUPAT

Traducción del francés de
JULIO MONTEVERDE

ÍNDICE

Llamamiento, 11

1  NY, 75

Detrás del muro, al final del callejón, 87

La palabrería que viene, 95

To the movement, 107

Preliminar a toda lucha anticarcelaria, 113

El gran juego de la guerra civil, 129

Cuando escucho la palabra cultura, 137

Tesis sobre Lille2004, 147

El bello infierno, 155

Ricominciare da capo non significa tornare indietro
Potere operaio n.° 50 (novembre 1973)

Llamamiento

PRECISIONES

Impreso por nosotros mismos en octubre de 2003, y más tarde reimpresso varias veces, el Llamamiento solo ha sido distribuido de forma clandestina hasta la fecha, de mano en mano.¹ Este samizdat de noventa y seis páginas, más pequeño que un libro de bolsillo, fue difundido siguiendo los cauces de la amistad a través de encuentros casuales o, al estilo surrealista, ofrecido en la calle al desconocido o desconocida cuya presencia nos conmovía más allá de las palabras. Repartidos unos seis mil ejemplares en Francia, fue traducido de forma casi inmediata en el mismo formato por amigos ingleses, alemanes y griegos, sin olvidar las innumerables versiones piratas que todavía seguimos descubriendo. Para nosotros era lógico, ya que se trataba de marcar un nuevo comienzo, rompiendo por igual con el activismo reinante —el del movimiento antiglobalización— y con la asfixia un poco endogámica del minúsculo medio autónomo del que proveníamos. El anarco-moralismo de las okupas alternativas nos repugnaba casi tanto como el cómodo cinismo de la ultraizquierda marxista. En ese sentido nada ha cambiado, salvo que las patologías existenciales que por entonces solo florecían en nichos marginales se han extendido a la totalidad de un cuerpo social en descomposición, hasta el punto de haberse convertido, para algunos, en nuevas normas de socialidad postmoderna, cuando no en órdenes ministeriales.

¹ Este dato se refiere a Francia, en España llegó a las librerías de la mano de Acuarela y Machado libros en 2009 (N de e.).

En 2003, los círculos radicales, tomados por sorpresa, no encontraron más forma de defenderse del contenido del Llamamiento que denunciar, como toda Iglesia que se precie, la herejía. Inventaron para ello el epíteto «llamamientista»,² con la intención de sugerir que estos defendían quién sabe qué desconocida ortodoxia, y anticipándose sin complejos a la policía al señalar la amenaza «terrorista». Se condenaron así a ser espectadores de la extensión del «llamamientismo» desde 2003 hasta bien entrado 2017, cuando según ellos se volvió hegemónico. ¿Debemos precisar aquí que el gesto del Llamamiento —un gesto de deserción, de despedida, de toma de partido, un gesto de constitución espoleado por una fuerza singular, que asume su propia sensibilidad e intenta formularla para sí— se sitúa en las antípodas de cualquier búsqueda de hegemonía? Aquel que sabe lo que quiere se libera también del deseo de serlo todo, indistintamente, miméticamente. En realidad, este malentendido en torno al Llamamiento solo revela la miserable concepción de la política que anima a sus detractores. Hay que reconocer que la amplia difusión de *La insurrección que viene*,³ que popularizaría sus principales tesis y cuyo texto de contracubierta no es más que la primera propuesta del Llamamiento, contribuyó sin duda a fomentar esa sensación de desborde. Lo cierto es que la mejor crítica a los denominados «llamamientistas», si los hubiere, se encuentra en el propio Llamamiento. Nadie que sea capaz de leer lo que contiene puede creer que los promotores del neoactivismo ecológico sean, en su desesperada huida hacia adelante, «llamamientistas». Lo mismo ocurre con cierto sitio web promocional para académicos fracasados cuyo miedo a molestar, ese terror de colocarse en el lado equivocado, los ha convertido en virtuosos del arte de no decir nada en tono desafiante. O con aquellos liberados del antiterrorismo que, desde lo más profundo de su territorio, proclaman ahora en los periódicos su «respeto a las instituciones». Por supuesto, solo es posible denominar «llamamientistas» a quienes se esfuerzan por

2 Appelliste, en el original (N. del t.)

3 comité invisible, *La insurrección que viene*, Logroño, Pepitas, 2020 (N. del t.).

hacer realidad la pesadilla del Llamamiento. Pero estos no son más que escoria del pasado, insignificancias que limpiar, usurpaciones banales. No obstante, viendo la forma en que su contenido resuena con la actualidad y las dificultades en las que están estancados los movimientos de hoy, proclamamos que es hora de que el Llamamiento sea al fin leído, incluso midrasheado y, quién sabe, quizá hasta comprendido y no esgrimido como fetiche o espantapájaros. La inclusión en este volumen de ciertos textos de intervención de los años 2002-2004 pretende ayudar a tal fin aportando algo de luz sobre su contenido y su escándalo.

Con esta primera publicación del Llamamiento, pretendemos levantar acta de la normalización que tuvo lugar, para bien o para mal, con aquello que hasta entonces era ultraminoritario. ¿Quién compar-tía, en 2003, las «evidencias de la catástrofe», la práctica del Black Bloc y la necesidad de «establecer una serie de focos de deserción»? ¿A quién le parecía crucial «llevar la secesión a las ciencias»? ¿Quién considera-ba necesario deshacerse de un «liberalismo existencial» que todavía no se materializaba en una avalancha de aplicaciones? La propia época se ha encargado de hacer que, de ahora en adelante, el Llamamiento sea legible para todos. Al haberse vuelto inencontrable, incluso en inter-net, mientras su lenguaje se encontraba ya en todas partes, amenazaba con convertirse en una especie de pequeño y sucio secreto familiar que unía a quienes, habiendo compartido sus ideas durante cierto tiempo, consideraban más rentable mantenerlo en silencio sin renunciar al ca-pital político, social y a veces financiero que les había permitido acumu-lar. O bien preservarlo como una suerte de reserva retórica exclusiva de la que recoger, faltos de inspiración pero no de guiños, algunos jirones de frases con las que hacer un post honorable, una entradilla para un artículo de periodismo alternativo o un título de folleto sobre la última estafa activista. Incluso como un objeto que exhibir en el Jeu de Pau-me o en la biblioteca de Dominique de Villepin (sí, esto ha pasado). El carácter clandestino del texto permitió sobre todo negar su influencia histórica. Porque sin el Llamamiento no es posible entender del todo la crisis de logorrea global en torno a la noción de «communisation» que

se apoderó de cierta inteligencia marxista después de 2004, ni tampoco la urgencia que demostró Alain Badiou para volver a patentar la «hipótesis comunista».

En 2003 se hizo preciso abandonar el minúsculo entorno autónomo para dar rienda suelta a la necesaria autonomía que los tiempos demandaban. La situación actual exige, a su vez, un nuevo punto de partida, ahora que la izquierda ha reabsorbido todo lo que había logrado escapar de ella, es decir, de su invariable pasión por ser derrotada; de su adoración por el conjunto, sobre todo social, sobre todo biopolítico; de su eterno comercio de indulgencias por el que todos afirman discutir por razones colectivas cuando en realidad se limitan a asegurar su pequeña salud moral y personal. Nadie debería sorprenderse por el hecho de que el capital, en su empresa de colonización del futuro, haya sustituido las promesas de progreso por el chantaje del apocalipsis. Esto solo es un cambio de signo, no de paradigma. La flecha del tiempo, que ayer ascendía, hoy desciende, pero mantiene la misma orientación hacia el futuro, la misma negación de lo que está ahí, el mismo pisoteo de la presencia, el mismo desgarró frenético de la inmanencia ética. En veinte años, la presión de los desastres ha aumentado a ojos vista, pero solo ha acrecentado la necesidad de escapar de la temporalidad de la urgencia. Incluso una lectura superficial del Llamamiento basta para demostrar que contenía todos los recursos intelectuales necesarios para pensar y absorber la ofensiva lanzada en beneficio de la «pandemia» de Covid. Aquellos «llamamientistas» que aprovecharon la oportunidad para adherirse al partido imperial no tienen más excusa que la de su arribismo. La causa de la revolución no servirá, una vez más, para encontrar un lugar en el mundo tal como es, ni siquiera como subperodista, pseudofilósofo o micropolítico. Dado que gobernar se reduce, más o menos, a comunicar, parece que los activistas y militantes también se han resignado a no actuar políticamente más que para comunicar, como si un motín, un sabotaje o una toma de palabra valieran menos por su exactitud, por lo que atacan y por el coraje que demuestran que por su explotación espectacular o por su carácter viral en las redes

sociales. En contraposición con esta manía publicitaria, las generaciones surgidas de los enfrentamientos de los últimos años encontrarán en el Llamamiento algunos puntos de apoyo a la política esencialmente conspirativa y a la larga temporalidad que demanda la época presente. Sin duda, plantearán saludables objeciones, observarán enormes deficiencias y compararán su experiencia con la que se expone en el Llamamiento. Los movimientos revolucionarios solo sobreviven gracias a la lucha constante contra la ideologización de sus propios contenidos. Nunca hay que temer tener razón contra el propio partido, incluso si es en contra de unos pocos. Si en aquel momento hubiésemos escuchado a los partidarios de la conciliación, nada habría ocurrido. Esto es lo que nos enseñó el Llamamiento. Esto es también lo que Alexander Blok le escribió a Mayakowski: «Todos seguiremos siendo esclavos hasta que llegue el tercer término, algo diferente a la construcción y la destrucción».

PROPOSICIÓN I

Nada falta en el triunfo de la civilización.

Ni el terror político ni la miseria emocional.

Tampoco la esterilidad universal.

El desierto ya no puede crecer: está en todas partes.

Pero aún puede hacerse más profundo.

Ante las evidencias de la catástrofe, algunos se indignan y otros levantan acta, algunos denuncian y otros se organizan.

Nosotros estamos del lado de los que se organizan.

ESCOLIO

ESTO ES UN LLAMAMIENTO. Se dirige a quien lo escucha. No nos tomaremos la molestia de demostrar, de argumentar, de *convencer*. Iremos a la evidencia.

La evidencia no es solo una cuestión de lógica o razonamiento. Está del lado de lo sensible, del lado de los mundos.

Cada mundo tiene sus evidencias.

La evidencia es lo que se comparte.

Después, toda comunicación vuelve a ser posible, pero ya no se postula, hay que construirla.

SE nos ha enseñado tan bien a dudar y huir de esta red de evidencias que nos constituye, a silenciarla, a guardarla para nosotros, que cuando queremos gritar nos faltan las palabras.

Todo el mundo sabe qué esperar del orden en que vivimos: el imperio salta a la vista.

Nadie puede pretender ignorar que un régimen social agonizante no tiene más justificación para su arbitrariedad que su absurda determinación —su determinación senil— de *perdurar*;

Que a la policía, mundial o nacional, se le ha dado total libertad para ajustar cuentas con los que no marcan el paso;

Que la civilización, herida en su corazón, no encuentra ya en ningún sitio, en la guerra permanente a la que se ha lanzado, más que sus propios límites;

Que esta huida hacia adelante, que ya es casi centenaria, no produce más que una serie de desastres cada vez más cercanos;

Que la masa humana se acomoda a este orden mediante mentiras, cinismo, estupidez o excusas

nadie puede pretender ignorarlo.

El deporte que consiste en describir, una y otra vez con diversos grados de complacencia, el desastre actual, no es más que otra forma de decir: «Así son las cosas». La palma de la infamia es para los periodistas, los periodistas que pretenden redescubrir cada mañana las estupideces que constataron el día anterior.

Pero lo que hoy llama la atención no es tanto la arrogancia del imperio como la debilidad del contraataque. Una parálisis colosal, masiva, que solo dice algo para certificar que no hay nada que hacer o, todo lo más, una vez llevada al límite, que «queda mucho por hacer», lo cual es lo mismo. Más allá de esta parálisis solo aparece el «tenemos que hacer algo, cualquier cosa» de los activistas.

Seattle, Praga, Génova, la lucha contra los OGM o el movimiento de los desempleados. Hemos estado allí, hemos tomado *partido* en las luchas de los últimos años;

y desde luego no en el bando de ATTAC o de los *Tute Bianche*.

El folklore contestatario ha dejado de interesarnos.

En la última década hemos visto al marxismo-leninismo retomar su aburrido monólogo entre gente muy joven.

Hemos visto al anarquismo más puro negar *también* lo que no comprende.

Hemos visto al economicismo más plano —el de los amigos de *Le Monde diplomatique*— convertirse en la nueva religión popular. Y al negrismo imponerse como única alternativa a la derrota intelectual de la izquierda mundial.

En todas partes, el activismo ha vuelto a erigir sus frágiles construcciones,

sus redes depresivas,

hasta el agotamiento.

Bastaron tres años para que la policía, los sindicatos y otras burocracias informales se hicieran cargo del efímero «movimiento antiglobalización», delimitándolo y dividiéndolo en «terrenos de lucha» tan rentables como estériles.

Hoy, de Davos a Porto Alegre, de Medef a la CNT, capitalismo y anticapitalismo describen el mismo horizonte ausente. La misma retorcida perspectiva de *gestión del desastre*.

Lo que se opone a la desolación dominante es por supuesto otra desolación, mucho menos atractiva.

En todas partes existe la misma estúpida idea de felicidad. Los mismos juegos de poder paralizados. La misma superficialidad arrojadora. El mismo analfabetismo emocional. El mismo desierto.

Decimos que esta época es un desierto y que este desierto se profundiza sin cesar. Esto no es poesía, sino una evidencia que engloba muchas otras. En particular la ruptura con todo lo que protesta, todo lo que denuncia y critica el desastre.

Quien denuncia se queda al margen.

Todo sucede como si los izquierdistas acumularan motivos para rebelarse del mismo modo que el directivo acumula medios para dominar. Del mismo modo, es decir, *con el mismo placer*.

El desierto implica la despoblación paulatina del mundo. El hábito que hemos adoptado de vivir *como* si no estuviéramos en el mundo. El desierto es la proletarización continua, masiva y programada de las poblaciones, tal y como tiene lugar en los suburbios de California, donde la angustia consiste precisamente en el hecho de que nadie *parece* ya experimentarla.

Que el desierto de la época no se perciba ratifica que es un desierto.

Algunos han intentado nombrar el desierto. Designar lo que hay que combatir no como acción de un agente ajeno sino como un conjunto de relaciones que nos poseen. Hablaron de espectáculo, biopoder, imperio. Pero esto también ha contribuido a la confusión reinante.

El espectáculo no es una cómoda abreviatura del «sistema de medios de comunicación». También implica la crueldad con la que todo nos reenvía una y otra vez a nuestra *imagen*.

Biopoder no es sinónimo de seguridad social, Estado de bienestar o industria farmacéutica, sino que se sitúa en la preocupación que sentimos por nuestros cuerpos y crea una cierta extrañeza *física* hacia nosotros mismos y hacia los demás.

El imperio no es una suerte de entidad supraterrrestre, una conspiración planetaria de gobiernos, redes financieras, tecnócratas y multinacionales.

El imperio está en todas partes *donde no pasa nada*. Dondequiera que *la cosa funciona*. Donde reina la *situación de normalidad*.

A fuerza de ver al enemigo como un sujeto que se enfrenta a nosotros —en lugar de *experimentarlo* como una relación que nos *une*—, nos encerramos en la lucha contra el encierro. Reproducimos como «alternativa» lo peor de las relaciones dominantes. Nos lanzamos a vender la lucha contra la mercancía. Nacen las autoridades de la lucha antiautoritaria, el feminismo con cojones y los pogromos antifascistas.

Somos, en todo momento, parte de una situación. En ella no existen sujetos y objetos, yo y los demás, mis aspiraciones y mi realidad, existe el conjunto de relaciones, de flujos que la atraviesan.

Hay un contexto general —el capitalismo, la civilización, el imperio o lo que se quiera— que no solo pretende controlar cada situación, sino que con mayor frecuencia pretende garantizar que ya no haya *ninguna situación*. Se han ordenado las calles y las viviendas, el lenguaje y los afectos, y el ritmo global que impulsa todo esto, *con este único propósito*. En todas partes los individuos se conducen como si mundos enteros pasaran desapercibidos o se ignorasen unos a otros. La «situación normal» es esta ausencia de situación.

Organizarse quiere decir: partir de la situación, no rechazarla. Tomar partido *dentro de ella*. Tejer la solidaridad necesaria, material, emocional, política. Esto es lo que hace cualquier huelga en

cualquier oficina, en cualquier fábrica. Eso es lo que hace cualquier banda, cualquier maquis, cualquier partido revolucionario o contrarrevolucionario.

Organizarse quiere decir: volver consistente la situación. Hacerla real, tangible.

La realidad no es capitalista.

La posición adoptada dentro de una situación determina la necesidad de formar una alianza y establecer ciertas líneas de comunicación y circulación más amplias. Estas nuevas conexiones, a su vez, reconfiguran la situación.

Llamaremos «guerra civil mundial» a la situación a la que nos enfrentamos. Nada puede evitar en ella el enfrentamiento de las fuerzas presentes. Siquiera la ley, que más bien entra en juego como otra forma de confrontación generalizada.

El nosotros que aquí se expresa no es un nosotros delimitable y aislado, el nosotros de un grupo. Es el nosotros *de una posición*. Esta posición fue afirmada en su momento como una doble secesión: con el proceso de valorización capitalista por un lado, y con todo lo que una simple oposición al imperio, aunque sea extraparlamentaria, impone de esterilidad. Secesión, por tanto, con la izquierda, donde «secesión» indica menos una negativa práctica a comunicar que una disposición hacia formas de comunicación tan intensas que arrebaten al enemigo, allí donde este se encuentre, la mayor parte de sus fuerzas.

Para resumir, diremos que tal posición toma prestada de los Black Panthers la fuerza de irrupción, de la autonomía alemana los comedores colectivos, de los neoluditas ingleses las casas en los árboles y el arte del sabotaje, de las feministas radicales la elección de las palabras, de los autónomos italianos las autorreducciones de tamaño y del Movimiento del 2 de junio la alegría armada.

Para nosotros toda amistad es política.

PROPOSICIÓN II

La inflación ilimitada del control responde de forma irremediable a los colapsos predecibles del sistema. Nada de lo que se expresa en la distribución acostumbrada de las identidades políticas es capaz de salvarnos del desastre.

En consecuencia, comenzamos por liberarnos de ella. No impugnamos nada, no exigimos nada. Nos constituimos como *fuerza*, como fuerza *material*, como fuerza material *autónoma* dentro de la guerra civil mundial.

Este llamamiento establece las *bases*.

ESCOLIO

AQUÍ SE EXPERIMENTA con una nueva arma para dispersar multitudes, una especie de granada de fragmentación, pero de madera. Allí —en Oregón— se propone castigar con veinticinco años de prisión a cualquier manifestante que bloquee el tráfico. El ejército israelí está a punto de convertirse en el asesor más consultado para la pacificación urbana. Expertos de todo el mundo acuden allí para maravillarse con los últimos descubrimientos en materia de eliminación de subversivos, tan formidables y sutiles. El arte de hacer daño —herir a uno para asustar a cien— alcanza nuevas cotas. Y luego está el «terrorismo», claro. Es decir: «Cualquier delito cometido de manera intencionada por un individuo o grupo contra uno o más países, sus instituciones o sus poblaciones, y destinado a amenazarlos y dañar de gravedad o destruir las estructuras políticas, económicas o sociales de un país». La que habla es la Comisión Europea. En Estados Unidos hay más presos que agricultores.

A medida que paso a paso se reorganiza y se ocupa, el espacio público se cubre de cámaras. No es solo que cualquier vigilancia parezca ahora posible, sino sobre todo que parece *admisible*. De administración en administración circulan todo tipo de listas de «sospechosos» cuyo uso apenas puede adivinarse. Los escuadrones de todas las milicias, entre los que la policía actúa como garante arcaica, toman posiciones por todas partes para sustituir a los chismosos y holgazanes, como si fueran personajes de otra época. Un antiguo jefe de la CIA, una de esas personas que, *en el bando contrario*, se organiza en vez de indignarse, escribe en *Le Monde*: «Más que una guerra contra el terrorismo, el desafío radica en extender la democracia a las partes del mundo [árabe y musulmán] que amenazan a la civilización libe-

ral, en cuya construcción y defensa hemos trabajado durante todo el siglo xx, durante la Primera y la Segunda Guerra Mundial, seguidas por la llamada Guerra Fría o Tercera Guerra Mundial».

Nada de esto nos escandaliza, nada nos pilla por sorpresa o altera radicalmente nuestro sentimiento ante la vida. Nacimos *en* la catástrofe y hemos establecido con ella una extraña y pacífica relación de familiaridad. Casi intimidad. Hasta donde podemos recordar, las noticias nunca han sido otra cosa que la guerra civil global. Fuimos criados como supervivientes, como *máquinas de supervivencia*. Se nos ha entrenado para creer que la vida consistía en *caminar* hasta desplomarnos entre otros cuerpos que caminan, tropiezan y luego se desploman a su vez ante la indiferencia general. En última instancia, la única novedad de la época actual es que nada de esto puede ya ocultarse, que en cierto sentido *todo el mundo lo sabe*. De ahí la última radicalización, tan visible, del sistema: sus resortes están a la vista, no tendría sentido intentar disimularlos.

Muchos se sorprenden de que ninguna facción de la izquierda o de la extrema izquierda, ninguna de las fuerzas políticas conocidas, sea capaz de oponerse a este curso de los acontecimientos. «Todavía estamos en una democracia, ¿no es cierto?». Podrán seguir haciéndose los sorprendidos durante una buena temporada: nada de lo que se exprese en el marco de la política clásica podrá jamás limitar el avance del desierto, porque la política clásica *es parte del desierto*.

Cuando decimos esto, no pretendemos defender la política extraparlamentaria como antídoto de la democracia liberal. El famoso manifiesto «Somos la izquierda», firmado hace unos años por todos los colectivos ciudadanos y «movimientos sociales» franceses, expone de forma clara la lógica que, durante treinta años, ha impulsado la política extraparlamentaria: no queremos tomar el poder, derrocar al Estado, etc.; y *debido a ello* queremos que este nos reconozca como interlocutores.

Dondequiera que reina la concepción clásica de la política, reina la misma impotencia ante el desastre. Que esta impotencia se module a través de una amplia distribución de identidades en última instancia *conciliables* no cambia nada. El anarquista del FA, el comunista consejista, el trotskista de ATTAC y el diputado de la UMP parten de la misma amputación. Propagan el mismo desierto.

La política, para ellos, es lo que se juega, se dice, se hace y se decide entre los hombres. La asamblea, que los reúne a todos, que congrega a todos los humanos *independientemente de sus respectivos mundos*, constituye la circunstancia política ideal. De esto se deriva lógicamente la idea de la economía, la esfera económica, entendida como gestión necesaria e imposible de todo lo que hemos dejado *en la puerta* de la asamblea, de todo lo que hemos constituido, al hacerlo, como apolítico, y que con posterioridad se convierte en familia, negocios, vida privada, ocio, pasiones, cultura, etc.

Así es como la definición clásica de política extiende el desierto: abstrayendo a los humanos de su mundo. Separándolos de la red de cosas, hábitos, palabras, fetiches, afectos, lugares, solidaridades que componen su mundo sensible.

Y que les confiere su consistencia particular.

La política clásica no es más que la gloriosa puesta en escena de cuerpos sin mundo. Pero la asamblea teatral de individuos políticos hace poco para enmascarar el desierto que es. No existe sociedad humana separada del resto de seres. Hay una pluralidad de mundos. Mundos que son tanto más reales cuanto más compartidos. Y que coexisten.

En realidad, la política es más bien juego entre mundos diferentes, alianza entre los compatibles y enfrentamiento entre los irreconciliables.

Por todo ello, afirmamos que el hecho político central de los últimos treinta años ha pasado desapercibido; ya que tuvo lugar en

una capa de la realidad tan profunda que no puede llamarse «política» sin provocar una revolución en la misma noción de política. Porque en última instancia esta capa de la realidad es también aquella donde se desarrolla la división entre lo que se considera real y lo que no. Este hecho central es el triunfo del liberalismo existencial, por el cual aceptamos como natural una relación con el mundo basada en la idea de que cada uno tiene *su propia vida*, la cual consiste en una serie de *elecciones*, buenas o malas. Que cada persona está definida por un conjunto de cualidades, de propiedades, que hacen de ella, a través de su variable ponderación, un ser único e irremplazable. Que el *contrato* resume de manera adecuada el compromiso de los seres hacia los demás y, por tanto, que el *respeto* resume toda virtud. Que el lenguaje es solo un *medio* para entendernos. Que cada uno es un mí-yo entre los otros mí-yo. Que el mundo en realidad está compuesto, por un lado, por cosas que gestionar y, por otro, por un océano de mí-yoes, los cuales, a fuerza de dejarse manejar, demuestran una desafortunada tendencia a transformarse en cosas.

Por supuesto, el cinismo es solo uno de los posibles rasgos del infinito cuadro clínico del liberalismo existencial: la depresión, la apatía, la inmunodeficiencia —todo sistema inmunológico es colectivo *por principio*—, la mala fe, el acoso judicial, la insatisfacción crónica, los apesos rechazados, el aislamiento, las ilusiones ciudadanistas o la pérdida de toda generosidad también forman parte de él.

Al final, el liberalismo existencial supo propagar tan bien su desierto que ahora es en función de sus propios términos que los izquierdistas más sinceros expresan sus utopías. «Reconstruiremos una sociedad igualitaria a la que todos contribuyan y de la que todos obtengan la satisfacción que esperan. [...] En lo que respecta a los deseos individuales, podría ser igualitario que todos consuman según los esfuerzos que estén dispuestos a realizar. Aquí también será necesario redefinir el método de evaluación del esfuerzo realizado por cada uno», escriben los organizadores de la *village alter-*

nativa, anticapitalista y pacifista contra el G8 de Evian en un texto titulado *¡Cuando hayamos abolido el capitalismo y el trabajo asalariado!* Porque esta es la clave del triunfo del imperio: conseguir mantenerse en la sombra; rodear en silencio el propio terreno donde maniobra, el *plano* en el que libra la batalla decisiva; dar forma a lo sensible; elaborar perfiles de sensibilidad. De esta forma paraliza de forma preventiva cualquier defensa en el momento en que opera, y arruina incluso la *idea* de una contraofensiva. La victoria se obtiene cada vez que el activista, al final de un duro día de «trabajo político», se deja caer en el sillón frente a una película de acción.

Cuando nos ven retirándonos de los dolorosos rituales de la política clásica —la asamblea general, la reunión, la negociación, la protesta, la reivindicación—, cuando nos oyen hablar de mundo sensible en lugar de hablar de trabajo, papeles, pensiones o libertad de movimientos, los activistas nos miran con lástima. «Los pobres», parecen decir, «están en proceso de resignarse a ser minoritarios, se están encerrando en su gueto, están renunciando a la ampliación. Jamás serán un movimiento». Nosotros creemos justo lo contrario: son ellos los que se resignan a ser minoritarios con su lenguaje de falsa objetividad, cuyo peso es solo el de la repetición y la retórica. Nadie se deja engañar por el desprecio velado con el que hablan de las preocupaciones «de la gente», y que les permite pasar del desempleado al indocumentado, del huelguista a la prostituta *sin ponerse nunca en juego*; porque tal desprecio es una evidencia sensible. Su deseo de «expandirse» es solo una forma de huir *de aquellos que ya están allí* y con los que, sobre todo, temerían vivir. En última instancia son ellos, que se resisten a admitir la importancia política de la sensibilidad, quienes deben confiar a la *sensiblería* sus lamentables esfuerzos de captación.

En definitiva, preferimos partir de núcleos densos y reducidos que de una red amplia y flexible. Ya *conocemos* de sobra esa cobardía.

PROPOSICIÓN III

Quienes pretenden responder a la urgencia de la situación con la urgencia de su *reacción* no hacen más que aumentar la asfixia.

Su forma de intervenir compromete el resto de su política, de su *agitación*.

En cuanto a nosotros, la urgencia de la situación simplemente nos libera de cualquier consideración de legalidad o legitimidad, que en todo caso se han vuelto por completo inhabitables.

El hecho de que nos lleve una generación construir un movimiento revolucionario victorioso en toda su amplitud no nos hace retroceder. Lo encaramos con serenidad.

Con la misma calma con la que contemplamos el carácter *criminal* de nuestra existencia y de nuestros gestos.

ESCOLIO

HEMOS SENTIDO, TODAVÍA sentimos, la tentación del activismo.

Las contracumbres, las campañas contra las expulsiones, contra las leyes de seguridad, contra la construcción de nuevas cárceles, las ocupaciones, los campamentos No Border; la sucesión de todo ello. La progresiva dispersión de los colectivos como respuesta a la propia dispersión de la actividad.

Correr tras los movimientos.

Experimentar tan solo un poco del propio poder a costa de regresar una y otra vez a una impotencia fundamental.

Pagar un precio muy alto por cada campaña. Dejar que consuma toda la energía que tenemos. Y luego afrontar la siguiente cada vez más cansado, más agotado, más desolado.

Y poco a poco, a fuerza de reivindicar, a fuerza de denunciar, volvernos incapaces de *percibir* aquello que debería fundamentar nuestro compromiso, la naturaleza de la emergencia que nos afecta.

El activismo es el primer instinto. La respuesta *conforme* a la urgencia de la situación actual. Antes de ser una forma de combatir, la movilización perpetua en nombre de las emergencias es justo aquello a lo que nos tienen acostumbrados nuestros gobiernos y nuestros patrones.

Cada día desaparecen formas de vida, especies vegetales o animales, experiencias humanas y buen número de relaciones posibles entre formas vivientes y formas de vida. Pero nuestro sentido de la urgencia no está vinculado tanto a la velocidad de estas desapariciones como a su irreversibilidad, y sobre todo a nuestra incapacidad para repoblar el desierto.

El activista se moviliza contra la catástrofe. Pero solo la retrasa. Su prisa consume a las pocas personas que quedan. La respuesta activista a la emergencia permanece *en el interior* del régimen de urgencia, sin esperanza de abandonarlo o interrumpirlo.

El activista quiere estar en todas partes. Va hacia donde le conduce el ritmo de las perturbaciones de la máquina. Y a todas partes lleva su inventiva pragmática, la energía festiva de su oposición a la catástrofe.

Sin duda, el activista *se mueve*. Pero nunca se da los medios para pensar cómo hacerlo. Cómo frenar de forma concreta el avance del desierto para establecer sin demora mundos habitables.

Nosotros hemos desertado del activismo. Sin olvidar lo que lo hace fuerte: una cierta presencia en la situación, la facilidad de movimiento dentro de la misma. Una forma de entender la lucha, no desde el ángulo moral o ideológico, sino desde el ángulo técnico, táctico.

El viejo activismo ofrece el ejemplo opuesto. Hay algo notable en la impermeabilidad de los activistas a las situaciones. Recorremos la escena: en Génova, medio centenar de activistas de la ICR blanden sus banderas rojas con la leyenda «100% de izquierda». Permanecen inmóviles, atemporales. Gritan sus consignas calibradas rodeados de fuerzas de seguridad. Mientras tanto, a unos metros de distancia, algunos de nosotros nos enfrentamos a las filas de carabineros, devolviendo gases lacrimógenos, rompiendo las aceras para fabricar proyectiles, preparando cócteles molotov con botellas encontradas en la basura y gasolina de escúteres volcadas. Aquí los activistas hablan de aventurerismo e inconsciencia. Afirman que no se daban las condiciones. Nosotros decimos que no faltaba nada, que todo estaba ahí, menos ellos.

Lo que abandonamos del activismo es esta ausencia de la situación y la inconsistencia a la que nos condena.

Los propios activistas experimentan esta inconsistencia. Y es por ello que recurren de forma periódica a sus mayores, los mili-

tantes. Les toman prestados los modales, el terreno, los lemas. Lo que les atrae de la militancia es la constancia, estructura y lealtad que a ellos les falta. Así que los activistas vuelven una vez más a impugnar, a exigir «papeles para todos», «libre circulación de personas», «ingresos garantizados» o «transporte gratuito».

El problema con las demandas es que, al formular las necesidades en términos que las hacen audibles para quienes están en el poder, en principio no dicen *nada* acerca de esas necesidades, de lo que ellos mismos denominan las transformaciones reales del mundo. Exigir transporte gratuito no dice nada sobre nuestra necesidad de viajar o de no desplazarnos, de nuestra necesidad de lentitud.

Pero también la mayoría de las veces las demandas solo enmascaran los conflictos reales que esas cuestiones plantean. Exigir un transporte gratuito solo aplaza *en un entorno determinado* la difusión de técnicas de fraude. Pedir la libre circulación de personas no consigue sino eludir la cuestión de escapar, en la práctica, al endurecimiento del control.

Luchar por unos ingresos garantizados es, en el mejor de los casos, condenarse a la ilusión de que es necesaria una mejora del capitalismo para escapar de él. De cualquier modo, el punto muerto sigue siendo el mismo: los recursos subjetivos movilizados son quizá revolucionarios, pero permanecen insertos en lo que se presenta como un programa de reforma radical. Con el pretexto de superar la alternativa entre reforma y revolución, nos instalamos en una oportuna ambigüedad.

La catástrofe actual es la de un mundo que se vuelve activamente inhabitable. Una especie de devastación metódica de todo lo que seguía siendo vivible en la relación de los humanos entre sí y con sus mundos.

El capitalismo no podría haber triunfado a escala planetaria sin técnicas de poder, estrictamente políticas. Las hay de todo tipo, con o sin herramientas, corporales o discursivas, eróticas o culinarias, hasta